

D. Antoliano, el médico de la Mota

Es el último desaparecido de los médicos de arraigo en la comarca.

Le atropelló un coche yendo por la calle. Ya le habían jubilado, pero para el médico antiguo las obligaciones llegan mucho más allá de la jubilación, como el recuerdo y el echarle de menos ante las necesidades familiares se extienden mucho más allá de la vida.

Por él y con él se hicieron algunos de los capítulos importantes de esta obra y por las obligaciones dichas dejaron de hacerse otros que nos esperaban pacientemente y que no se harán porque dependían de que los dos a un tiempo pudiéramos dedicarles el que necesitaban.

Su muerte, inesperada, brutal, me produjo tal impresión que le recuerdo constantemente con el mayor pesar y me veo con él en la plaza de los Hinojosos con la Basilia, la singular Alcaldesa de la Villa, estampa especial de esta obra como la de la Cantarería moteña.

Su recuerdo trae a mi memoria el de todos los médicos viejos de la comarca con los que más o menos he batallado toda la vida y a los cuales debo grandes enseñanzas y ejemplos magníficos de abnegación y sacrificio y de adaptación al medio que ahora, a posteriori, me satisface comprobar en las apreciaciones de sus propios convecinos y pacientes.

Casi todos eran nacidos en los pueblos en que gastaron su vida profesional, cosa patente en sus rasgos personales y en su carácter y llegaron a identificarse de tal forma con las personas y las cosas de sus lugares que no podían separarse y con el tiempo eran ellos el emblema y el símbolo de cada villa y se decía, en lugar del pueblo tal, el pueblo de fulano, o fulano, el médico de tal pueblo, que no variaban nunca, médico y pueblo el uno para el otro, más que juntos, unificados por el dolor y la desgracia que son siempre el momento y el motivo de buscar al médico a todas las horas del día y de la noche de todos los días del año.

Qué personalidades las de estos hombres que habremos de recordar siempre con veneración, forjados y curtidos en la brega continua contra la miseria orgánica. Que circunspección la suya, que prudencia, que aplomo y que sensatez para sobreponerse al desdén, sin darse por enterados, pasando sobre las flaquezas humanas para recibir el desengaño y la ingratitud después del fracaso constante en la lucha contra la muerte: Don Federico el de la Puebla, don Paco el de Pedro Muñoz, don Emilio el de Herencia, don Enrique el de Villafranca, don Magdaleno el de Alcázar, don Julián el de Villarta, Cenjor en Criptana, don Fermín en Tomelloso, don Gabriel en Quero y muchos más aunque menos significados en cada lugar.

Antoliano era un hombre reflexivo que todavía lo parecía más por sus dificultades de pies y de ojos, pero en realidad era un manchegote, mezcla de Quijote y de Sancho,